

## En honor del P. Felipe Mac Gregor\*

*Jorge Basadre G.*

Un grupo de los organizadores de este homenaje que se acoge a un discreto rincón y, como un contraste, a pocos metros del bullicio y del tufo de una de las calles céntricas de la sucia Lima de ahora, ha querido, Padre Mac Gregor, que dijera unas palabras alguien ajeno a la Universidad Católica; y ha insistido para conferir tal encargo a mí, hombre que se jacta de su difícil y no siempre bien comprendida vocación de solitario franco tirador.

Conocí al Padre Mac Gregor en Buenos Aires en 1942 cuando estudiaba Filosofía y Teología en el Colegio Máximo de San José. Ya desde entonces le rodeaba un excepcional prestigio. No sé si en la niñez tuvo la compañía de la pobreza, dura y buena amiga de las almas fuertes. Sea lo que fuere, no encontró su mesa puesta. Albergó siempre la sabiduría de preferir los bienes que dan escasa o ninguna renta. Quedó unguido, desde temprano, con el óleo de textos eternos, sin desoir, sin embargo, las mejores voces de nuestro tiempo; así, no hace mucho, fue el único comentarista que en Lima tuvo el fallecimiento de Ernst Bloch, el autor de *El principio esperanza*, filósofo independiente cuyas ideas en algo han influido en la nueva teología católica y protestante alemana con Jürgen Moltmann y Johannes Metz.

---

\* Discurso pronunciado durante la cena ofrecida al P. Felipe Mac Gregor, S.J., en el salón "Perú" del Hotel *Crillon* de Lima, el martes 15 de noviembre de 1977, al concluir su gestión como Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú. El original de este documento se conserva en el Archivo de la Universidad.

Al gobierno de la Universidad Católica llegó en 1963, después de ese tránsito humilde y utilísimo que algunos hicimos por la docencia secundaria como entrenamiento para la cátedra. La institución fundada por el P. Dintilhac tuvo entonces el acierto de escoger al hombre adecuado en este país donde, en diversos campos de la vida, impera la costumbre de ir al desperdicio de los hombres superiores, en un transplante criollo de la ley económica llamada de Gresham, según la cual cuando circulan dos monedas, una mejor que la otra, la mala desaloja a la buena. Ni en su nombramiento ni en su trayectoria rectoral estuvieron agazapadas o sueltas las jaurías de la política y, por lo tanto, quedó Mac Gregor inmune a las manchas indelebles que ellas dejan.

Como quien labora en un surco, Mac Gregor estuvo presente en la construcción y en el acondicionamiento de las nuevas casas de Pando; y, con la paciencia de un obrero rural, vivió sin desaliento la pasión y la fatiga angustiosa de crear.

Fue y es ésta la historia de una institución en marcha que, como todas las de su género, hállese bajo el influjo del bullicioso enjambre creado por la masificación, la proletarización y la politización del estudiantado. Pero aquí hay otro factor no bien valorizado por algunos. Me refiero a la aparición y al aumento de especialistas jóvenes y capaces, por lo general, formados o perfeccionados en grandes centros extranjeros dentro de disciplinas antes no cultivadas o cultivadas empíricamente aquí. A esta historia en marcha, repito, no le falta valor genésico y una vitalidad compleja y, a veces, confusa; y acaso no le falte tampoco la impureza del común de los hombres. Al fin y al cabo el barro es un ingrediente del ser humano y de los palacios, aun de los palacios de Dios.

Sin ánimo de menosprecio a la Universidad Católica anterior, es dable afirmar que en el periodo de Mac Gregor hay un aperturismo y una aglutinación de facultades o departamentos o programas cada vez más complejos, acompañados por un pluralismo de personas en actividades directivas, aunque, por ello u otras causas, en algunos de esos territorios suelen soplar encontrados ventarrones. Así, poco a poco, siguiendo el camino lento por donde avanzan las cosas verdaderamente grandes, este centro de estudios ha llegado a competir en el nivel académico con San Marcos, que le lleva la ventaja de cuatro siglos. Y no sólo absorbe, organiza, divulga, expande y crea en diversas áreas la ciencia y la cultura, sino las salva hasta ahora, cuando tantas cosas

han naufragado o están en peligro de naufragar en el Perú.

Mac Gregor fue un rector desarmado. Como todos los valientes auténticos, fue pacífico. Madrugador y laborioso, supo que, para conducir, primero hay que ver. Si no la conoció, hizo suya la frase según la cual nunca será realmente jefe quien no sabe escuchar. Durante catorce años con numerosos avatares, su obra tuvo continuidad, coherencia y, algo más importante aún, fidelidad a la misión de la Universidad. Su vocación de sacerdote y su contextura de profesor de ética fortalecieron su cotidiana y, a veces, amarga experiencia, enriquecida además gracias al estímulo de seminarios internacionales de estudios y gracias también a la dirección de otras entidades universitarias aquí y afuera. Obstinado y dúctil, discreto y franco, paciente y dinámico, careció de prejuicios y de rencores. Le faltó una ración de veneno, aun ese poco necesario para la defensa en este medio donde la insidia prolifera impunemente todos los días.

Padre Mac Gregor: esta noche -he aquí un suceso insólito- se han reunido alrededor de usted, hombre ya sin poder, personas de las más diversas tendencias y características que, con motivo de su despedida, quieren, sin ningún menguado interés, hacer una simbólica reafirmación en el sentido de proclamar el permanente valor protector y creador de la Universidad auténtica; o sea, exaltar la difícil tarea analítica, franca, seria, limpia que a ella corresponde en los campos de la educación, la ciencia y la cultura en esta época atormentada y en el Perú no sólo de hoy sino también en su nublado futuro -todo ello siempre y cuando disfrute de una esencial libertad.

El vuelo alto de sus días no ha concluido. Le espera, entre otras cosas, su actuación como miembro del Consejo de Gobernadores de la extraña y novísima Universidad de Naciones Unidas en Tokio, cuyo funcionamiento muchos esperamos con avidez. De la Universidad Católica no le quedarán ya sino amistades y libros, y también, por cierto, soterrados recuerdos que han de acompañarle en noches sin remordimientos. Desearíamos todos los aquí presentes que al lado de dichos recuerdos sobreviva más tarde el del encuentro de hoy en donde sus amigos vinimos a acompañarle con los mejores deseos y a decirle: ¡Gracias!